RAFAEL L. **BARDAJÍ**

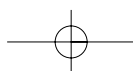
EL MOMENTO NEOCONSERVADOR EN LOS EE.UU.

La consistencia y coherencia del discurso neoconservador y la ausencia, lógica, de una alternativa mejor –no su capacidad de intriga o conspiración–, están en la base del éxito de los «neocons». Si verdaderamente Europa quiere llegar ser fuerte en el mundo, debería comenzar a escuchar cuanto antes lo que propone la visión neoconservadora, porque de lo contrario, encerrada sobre sí misma, tratando ingenuamente de sostener su seguridad sobre su aislamiento, se irá encontrando cada vez más sola, y finalmente será más vulnerable.

Hay algo que ha cambiado en las filas conservadoras en lo que toca a la política y a la acción exterior. Ese algo lo ilustra perfectamente una anécdota reciente: Durante la convención del Partido Republicano, del pasado septiembre en Nueva York, varios miembros de la delegación del Partido Conservador británico tuvieron que aguantar la experiencia de que cada vez que eran saludados por un convencional americano, le espetaran lo mismo: «Mi más alto reconocimiento hacia su Primer Ministro», el laborista Tony Blair. El gesto de gratitud de un conservador norteamericano, normalmente muy conservador, hacia un socialdemócrata laborista europeo, sólo podía causar sorpresa y mortificación en los delegados británicos.

De hecho se puede entender perfectamente bien el porqué de los sinsabores de los conservadores tradicionales europeos. Al fin y al cabo, ¿qué podían tener en común un Presidente americano como George W. Bush –moralista y tejano–, el Primer Ministro Tony Blair –católico y de izquierdas–, y el Presidente José María Aznar –un prag-

Rafael L. Bardají es Director de Estudios de Política Internacional en FAES.



Cuadernos de pensamiento político

mático posibilista—, cuando se reunieron en las Azores para hablar del futuro de Irak? ¿Cómo explicar desde las rigideces ideológicas tradicionales la visión y la voluntad que compartían estos tres líderes?

Algunos han encontrado una respuesta fácil, inspirados en teorías conspirativas: Un grupo muy cohesionado de intelectuales, unos fuera de la Administración, otros en puestos claves, habrían «secuestrado» a los tres personajes imponiéndoles su interpretación de la realidad internacional y su agenda estratégica. Ese grupo de conspiradores serían los llamados neoconservadores, más popularmente conocidos como «neocons».

La posibilidad de un asalto al poder, simultáneo en tres naciones tan distintas como Estados Unidos, Reino Unido y España, con líderes de características políticas y humanas dispares y con una cultura política, un aparato administrativo y unos procedimientos gubernamentales tan alejados unos de otros, debería ya de por sí descalificar la teoría de la conspiración. Por si fuera poco, además, los representantes del neoconservadurismo, empezando por Paul Wolfowitz en el Pentágono y acabando con Bill Kristol o Charles Krauthammer en los medios de comunicación, nunca han ocultado sus ideas y planes, todo lo contrario. Son bien conocidos porque han pasado —y pasan— buena parte de su vida haciendo públicas sus propuestas. Un rasgo poco sensato para un conspirador.

En realidad, si las ideas de los neoconservadores han tenido éxito y han sido asumidas por los responsables políticos, no se debe a su capacidad de intriga, sino a la fuerza y consistencia de su visión frente a unas circunstancias tan nuevas como especiales y que tras los ataques del terrorismo global han obligado a reorientar la atención política internacional. La vivencia y la necesidad de dar una respuesta a estas circunstancias, retos y amenazas, era lo que realmente compartían Bush, Blair y Aznar, tres líderes a los que difícilmente se podía calificar de neoconservadores. Sin embargo, lo que ocurre es que desde el 11-S no hay ninguna alternativa conceptual o ideológica que ofrezca mejor respuesta y guía que la que ofrecen los neoconservadores. El terrorismo islamista acabó tanto con la visión socialdemócrata y liberal del mundo como con la conservadora y realista.

LA REVOLUCIÓN NEOCONSERVADORA

Frente a los idealistas liberales, –quienes entienden la vida internacional como una trinidad formada por la paz, la democracia y el libre mercado–, y a los realistas –que la ven como la defensa nacional, la democracia y el libre mercado–, los neoconservadores defienden que la democracia y el libre mercado son valores a defender pero que la paz no se consigue solamente con instituciones internacionales o con una defensa nacional robusta, sino a través de una política que busca el cambio de régimen y la democratización, por la fuerza si es necesario, de aquellos regímenes dictatoriales y autocráticos en el Oriente Medio que son el caldo de cultivo del actual terrorismo internacional, que no es sino terrorismo islámico.

La gran innovación, por tanto, no reside en los conceptos más referidos por la prensa y la izquierda, como acciones de anticipación y guerras preventivas, sino en retar el mantenimiento del *statu quo* en zonas, como el Oriente Medio, donde la situación actual, gestionada pero no alterada, es una amenaza contra los intereses del mundo occidental. En ese sentido, lo que los neoconservadores proponen no es únicamente una intervención militar tras otra, de lo que se les suele acusar, sino el cambio de las condiciones políticas, económicas y sociales en los países de la zona, cambio ayudado por el recurso retórico o real de la fuerza si es necesario. La expansión de la democracia, por tanto, no sólo es una cuestión moral, sino un imperativo de la seguridad internacional.

La segunda gran innovación es que retoman el rechazo a las actitudes apaciguadoras y el valor que se le concede a la disposición a hacer la guerra contra el terrorismo hasta la victoria final. Ya no se trata de contener a los terroristas, sino, en la medida en que los suicidas islamistas son incontenibles, enfrentarse a ellos y vencerles. Y para éso no basta con el refuerzo de la protección del territorio o la defensa nacional, sino que es necesaria también la utilización anticipatoria de la fuerza más allá del suelo nacional, allí donde los terroristas se concentren para planificar o preparar sus ataques.

Igualmente –y volvemos al punto anterior–, perseguir y derrotar a los terroristas es imprescindible pero no suficiente. También hay que

Cuadernos de pensamiento político

eliminar los factores que favorecen que gentes normales se conviertan en Bin Laden. Y para ello nada mejor que promover la apertura política, la liberalización económica y la tolerancia religiosa en el mundo musulmán. Esto es, la transformación del Norte de África y el Oriente Medio.

Las acciones anticipatorias y las intervenciones militares preventivas no son algo nuevo en la agenda internacional. Lo que es verdaderamente revolucionario en los neoconservadores es el rechazo del *statu quo*, de la idea última de que el mantenimiento de la estabilidad es un objetivo estratégico valioso; y, por tanto, que asumen y defienden que el cambio y la inestabilidad en el corto plazo son situaciones deseables y con consecuencias más que positivas. Con todas las dificultades del Irak post-Saddam, es innegable que será gracias a la presencia militar norteamericana y de la coalición internacional que tendrán lugar las primeras elecciones libres en ese país en muchas décadas. Como también será gracias a la presión y firmeza de Washington que los palestinos puedan elegir libremente entre varios candidatos.

Voluntad de cambio, moral de combate y ambición de victoria. Ésas son las componentes esenciales de la visión neoconservadora.

NO HAY MEJOR ALTERNATIVA

Las propuestas de los neoconservadores han sido criticadas desde todos los lados, desde la izquierda internacionalista y desde la derecha tradicional. Sin embargo, ninguna de estas escuelas de pensamiento ha sabido o podido presentar una concepción alternativa que claramente pueda resolver los problemas a los que nos enfrentamos o que no suponga más riesgo para nuestra seguridad.

La primera reacción frente al terrorismo islámico es culparnos a nosotros mismos: «Algo habremos hecho mal en el mundo –los Estados Unidos seguro, se afirma sin pudor– por lo que hemos provocado las iras de otros». Por lo tanto, una retirada o un retraimiento debería garantizar una mayor seguridad. Esta fue una línea de razonamiento adoptada inicialmente por el PSOE. Pero como los sucesivos intentos de atentados tras el 11-M han puesto de relieve, no por dejar de estar en Irak el fundamentalismo islámico ha dejado de ver en

Cuadernos de pensamiento político

España un enemigo a batir. Ahí están los casos del AVE y de la Audiencia Nacional. De hecho, una postura aislacionista lo único que garantiza es que los terroristas disfrutan de una mayor libertad y capacidad de actuación, de más facilidades para su preparación y entrenamiento, y acceso a más cuantiosas fuentes de financiación. Nunca lo contrario. Por tanto, estando como estamos sometidos a una dinámica bélica que los terroristas han elegido, pretender aislarse del mundo es suicida en el medio plazo.

Por su parte, los internacionalistas liberales, incluidos los teóricos del Partido Socialista, han preferido siempre como fórmula para enfrentarse al terrorismo las opciones no militares y los marcos multinacionales. Dicho con otras palabras: «el poder blando» y los organismos internacionales. En el caso del actual gobierno español estas preferencias han adoptado la retórica oficial de «multilateralismo efectivo» y «alianza de civilizaciones».

Los neoconservadores, en contra de lo que suele afirmarse, no desdennan el multilateralismo efectivo. El problema es que el multilateralismo que existe rara vez acaba siendo efectivo. Y ése es el problema. En ausencia de un mecanismo multinacional eficiente, ¿cuáles son las opciones? Para la izquierda, claramente la inacción. Para los «neocons», la responsabilidad de los miembros individuales de la comunidad internacional.

La izquierda pone toda su fe en las Naciones Unidas. Dejando al margen todo lo que sabemos sobre la corrupción que sacude de arriba abajo a su secretariado general, hay que admitir que el sistema de Naciones Unidas, en sus principios y en sus procedimientos, está montado para el sostenimiento del *statu quo* internacional. El respeto a sus miembros, independientemente de la naturaleza de sus gobiernos, la no-injerencia y la parálisis del Consejo de Seguridad, todo contribuye a que se cometan los peores crímenes sin apenas castigos y con grandes dificultades para aliviar sus sufrimientos. Es más, tratándose de la guerra contra el terrorismo, las Naciones Unidas se sitúan claramente a favor del *statu quo* en el Oriente Medio. Si se piensa, como creen los neoconservadores, que el actual *statu quo* es del todo inaceptable porque alimenta la violencia y permite el crecimiento del terrorismo, la ONU no es representativa de ningún multilateralismo efectivo, sino de una peligrosa ineficacia.

Cuadernos de pensamiento político

A su vez, el cacareado concepto de «Alianza de Civilizaciones» que suele emplearse como una solución mágica y universal, parte de un loable deseo: ser capaces de separar y divorciar definitivamente el Islam del terrorismo islamista. Siendo un piadoso deseo la institucionalización del Islam moderado, el problema es que deja en manos de los actuales gobernantes teócratas la realización eficaz de dicho objetivo. Cuando los déspotas religiosos de Arabia Saudí o Irán, entre otros, han dado más que pruebas de que son incapaces, o aún peor, alimentan directamente, la ideología de los terroristas. Desde el momento en que se deja en las manos del adversario o de los causantes del terrorismo islámico la solución, en realidad se está reviviendo la política de apaciguamiento por la que los europeos optaron inicialmente frente a Hitler con tan dramáticas consecuencias. La Alianza de Civilizaciones nos responsabiliza, presa de un síndrome de Estocolmo, de la existencia de terroristas, a la vez que nos hace irresponsables de cualquier medida para acabar con ellos. Masoquismo en lugar de vigor; política del avestruz en lugar de firmeza. Ésa, y no otra, es la «doctrina Zapatero».

Por su parte, los realistas o conservadores tradicionales son fieles al principio clásico de que las naciones no tienen amigos o enemigos permanentes, sino sólo intereses, y creen que son capaces de manipular el entorno estratégico e internacional de tal manera que los suyos sean garantizados. Para un realista no importa que en un momento dado se produzca una alianza táctica con un dictador o un sátrapa si eso conviene para maximizar la seguridad en un escenario concreto. Jugar con el Irak de Saddam en los 80 para contener las ambiciones de Teherán, por ejemplo. El problema es que no siempre el enemigo de mi enemigo puede ser considerado un amigo.

Es verdad que durante décadas el paradigma realista ha inspirado la política exterior de la mayoría de países, pero precisamente en esta experiencia reside su propia debilidad. En el Oriente Medio ya se ha experimentado de sobra con los regímenes autoritarios, a los que se les ha prestado una gran cantidad de ayuda material y política. Durante años se creyó que gracias a esas ayudas, regímenes como el saudí librarían su propia batalla interna para erradicar a los islamistas radicales y a los terroristas. Hoy sabemos que eso no ha sido así, sino todo lo contrario, y que sus políticas represivas sólo han servido para

Cuadernos de pensamiento político

cercenar la libertad de expresión política a favor de la libertad y la democracia pero no el radicalismo religioso, que ha gozado de un amplio margen de actuación a través de las mezquitas y escuelas coránicas.

Es más, apoyando este tipo de regímenes, se ha estado fomentando que la única oposición real a los mismos vengan, no del apoyo liberalizador, sino del islamismo radical, no dejando más alternativa a la teocracia, a la corrupción, que la revolución islámica, en lugar de favorecer una alternativa viable a ambos extremos.

Y esto ha sido así gracias a la visión realista del manejo de la realidad internacional. Seguir defendiendo las mismas prácticas sólo puede llevar a más fanatismo y odio en el mundo árabe y musulmán. De ahí que sea tan importante para los neoconservadores apostar decididamente por la democratización del Oriente Medio. Todo lo demás son soluciones malas o suicidas, porque lejos de aumentar la seguridad conducirán a más inestabilidad y a más islamismo radical, y, por lo tanto, a más terrorismo global.

EL MOMENTO NEOCONSERVADOR

La consistencia y coherencia del discurso neoconservador y la ausencia, lógica, de una alternativa mejor, –no su capacidad de intriga o conspiración–, están en la base del éxito de los «neocons». Las dificultades encontradas en Irak tras el derrocamiento de Saddam y las dudas que había sobre el resultado electoral de las presidenciales americanas, llevó a muchos a afirmar que la visión neoconservadora había llegado a su fin. El Gobierno Zapatero llegó incluso a creerse que su giro radical en pos de la retirada estratégica iba a servir de ejemplo para el resto de países de la coalición, incluido Estados Unidos. La victoria de Howard en Australia debería haber sido un aviso de que no parecía ser ésa la dirección que tomaban las cosas. La victoria aplastante de George W. Bush sobre Kerry ha dejado bien patente que la política de la «rendición preventiva» de Zapatero es una actitud y filosofía no compartida por nadie más. No hay salida de Irak y no hay escape posible a la guerra contra el terror.

En ese sentido, el segundo mandato de George W. Bush parece lejos de haber agotado la visión neoconservadora, más bien todo lo

Cuadernos de pensamiento político

contrario. El tono y las palabras del Presidente americano, las caras de los nuevos responsables, el discurso de apoyo de sus aliados, todo lleva a pensar que, al igual que tras los ataques del 11-S, los Estados Unidos encuentran más que persuasivas y pertinentes las ideas de los «neocons». Simplemente porque los neoconservadores han decidido encarar directamente los problemas que realmente preocupan porque son la mayor amenaza para la estabilidad mundial. Mientras sigan siendo la escuela de pensamiento que más y mejores opciones presentan para el futuro del mundo democrático y libre, los neocons vivirán su particular momento de gloria. El momento neoconservador.

Por razones obvias ese momento emana de los Estados Unidos. Por dos razones, porque allí encuentran a un Presidente que recoge buena parte de las ideas neoconservadoras y, sobre todo, porque sólo los Estados Unidos son capaces de llevar adelante tan ambiciosa agenda internacional. Con todo, el fenómeno neoconservador no es exclusivamente norteamericano. Es verdad que salvo la excepción de Blair, no hay gobiernos europeos que puedan ser considerados como alineados con los postulados «neocons», más bien todo lo contrario. Se debe en parte a la ideología imperante en la izquierda y a la falta generalizada de poder. Pero eso no quiere decir que no surjan voces que reclaman a la izquierda y, sobre todo, a la derecha, una profunda reflexión sobre su actitud hacia los problemas del mundo. De hecho, si en verdad Europa quiere llegar a ser una Europa fuerte debería comenzar a escuchar cuanto antes lo que propone la visión neoconservadora, porque de lo contrario, encerrada sobre sí misma, construyendo su seguridad sobre su aislamiento o bunkerización, al final se va a encontrar más sola, más amenazada y más vulnerable.